

TERRY PRATCHETT



JOHNNY Y LA BOMBA

UNA HISTORIA DE JOHNNY MAXWELL

minotauro

TERRY
PRATCHETT

JOHNNY
Y LA BOMBA

UNA HISTORIA DE JOHNNY MAXWELL

minotauro

Johnny y la bomba

Título original: *Johnny and the bomb*

Copyright © Dunmanifestin Limited, 1996

Decorations copyright ©www.hen.co.uk, 2004

First published as *Johnny and the Bomb* in 1996 by Doubleday, an imprint of Random House Children's Publishers UK. Random House Children's Publishers UK is part of the Penguin Random House group of companies.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Albert Vitó i Godina, 2010

Adaptación de cubierta: Book&Look

Imagen de cubierta: Paul Kidby

Revisión: Balloon Comunicación

ISBN: 978-84-450-1873-6

Depósito legal: B. 13.904-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Capítulo I

Después de las bombas

Eran las nueve de la noche en Blackbury High Street.

Estaba oscuro; solo de vez en cuando aparecía algo de luz procedente de la luna llena que se ocultaba tras las nubes, largas y deshilachadas. El viento soplaba desde el suroeste, la última tormenta había refrescado el aire y había dejado los adoquines resbaladizos.

Un policía se movía con lentitud y tranquilidad por la calle.

De vez en cuando, si uno se acercaba lo suficiente, podía verse una rendija de luz tenue alrededor de una ventana oscura. Del interior surgían sonidos emitidos por personas que vivían sus vidas: las notas apagadas de un piano mientras alguien practicaba escalas, una y otra vez, y los murmullos y el estallido ocasional de risas procedentes de una radio.

Había escaparates con montones de sacos de arena apilados delante. Un póster pegado en el

exterior de una tienda animaba a la gente a salir a por la victoria, como quien sale a comprar pan.

En el horizonte, en dirección a Slate, los focos proyectaban finos rayos de luz para descubrir a los bombarderos entre las nubes.

El policía dio la vuelta a la esquina y siguió andando hasta la calle siguiente; parecía como si sus botas hicieran retumbar el suelo con cada pisada, debido al silencio que reinaba en el lugar.

Sus pasos lo llevaron hasta la capilla metodista y, en teoría, debería haber seguido hasta Paradise Street, pero esa noche no fue así porque Paradise Street ya no existía. Desde la noche anterior.

Había un camión aparcado junto a la capilla. La luz se filtraba entre la lona que cubría la parte trasera.

Dio unos golpes a la lona.

—Aquí no se puede aparcar, caballeros —dijo—, pero si me ofrecen una taza de té no volveré a sacar el tema, ¿de acuerdo?

La lona se retiró de golpe y apareció un soldado. Pudo ver brevemente el interior: una cálida tienda bañada por una luz anaranjada, con unos cuantos soldados sentados alrededor de un hornillo y el ambiente cargado por el humo del tabaco.

El soldado sonrió.

—Una taza y algo de comer para el sargento —le dijo el soldado a alguien que estaba dentro del camión.

Otro soldado le hizo llegar una taza de latón con té negro hirviendo y un sándwich que parecía más bien un ladrillo.

—Muy amable— dijo el policía mientras aceptaba lo que se le ofrecía. Se apoyó en el camión—. ¿Qué? ¿Cómo va? No he oído ninguna explosión.

—Ahí hay una de 12 kilos —dijo el soldado—. Atravesó todo el sótano. Ayer cayó una buena, ¿eh? ¿Quiere echar un vistazo?

—¿Es seguro?

—Por supuesto que no —dijo el soldado como si nada—. Por eso estamos aquí, ¿no? Vamos. —Apagó el cigarrillo y se lo guardó detrás de la oreja.

—Creía que estaríais vigilándola —dijo el policía.

—Son las dos de la madrugada y ha estado lloviendo a cántaros hasta hace poco —dijo el soldado—. ¿Quién va a robar una bomba que no ha explotado?

—Sí, pero... —El sargento volvió la mirada hacia la calle destruida.

Se oyó un ruido, como de ladrillos derribados.

—Pues al parecer hay alguien a quien sí le interesa —dijo el policía.

—¿Qué? ¡Hemos puesto rótulos de advertencia! —dijo el soldado—. ¡Solo nos hemos tomado un respiro!

Las botas crujieron sobre los escombros que habían quedado esparcidos por la calle.

—Supongo que es seguro, ¿no? —dijo el sargento.

—Si a alguien se le caen unos ladrillos encima, no. ¡Venga! ¡Vamos!

La luna apareció entre las nubes. Enseguida vislumbraron una silueta al otro lado de lo que quedaba de calle, cerca de la fábrica de encurtidos.

El sargento se detuvo de golpe.

—Oh, no —susurró—. Es la señora Tachyon.

El soldado contempló la pequeña silueta que arrastraba una especie de carro a través de los escombros.

—¿Quién es?

—Vamos a tomárnoslo con calma, ¿de acuerdo?

—dijo el policía mientras agarraba al soldado por el brazo.

Encendió la linterna y forzó una sonrisa especialmente amable.

—¿Es usted, señora Tachyon? —dijo—. Soy yo, el sargento Bourke. ¿No hace demasiado frío para estar en la calle a estas horas de la noche? Tenemos una celda en comisaría donde podría estar muy bien, ¿sabe? Y me atrevería a decir que puedo ofrecerle una taza grande de leche calentita con cacao si me acompaña, ¿qué le parece?

—¿No sabe leer? ¿No ha visto las señales de advertencia? ¿Está chiflada o qué? —dijo el soldado con un susurro—. ¡Está justo al lado de la casa de la bomba!

—Sí..., no..., es solo... diferente —dijo el sargento—. Un poco... tocada de la cabeza. ¡Qué-dese donde está, cielo! —dijo alzando la voz—, ya

vamos nosotros a buscarla. No es cuestión de que se haga daño entre tanta basura, ¿no?

—¿Qué ocurre? ¿Ha estado saqueando las casas derribadas? —dijo el soldado—. ¡Podrían dispararle si la pillan saqueando una casa bombardeada!

—Nadie va a disparar a la señora Tachyon —dijo el sargento—. La conocemos, ¿sabe? Ayer estuvo en el cuartelillo.

—¿Qué había hecho?

—Nada. Dejamos que se quede a dormir en una celda vacía de comisaría en las noches más frías. Le di seis peniques y un par de botas viejas que hasta ayer fueron de mi madre. Bueno, mírela. Podría ser su abuela, la pobre.

La señora Tachyon se quedó quieta y los miró con aire sabihondo mientras se le acercaban cautelosamente.

El soldado vio que era una vieja marchita, vestida con algo parecido a un traje de fiesta con varias capas de otras prendas encima y un sombrero de lana con una borla en lo alto. Empujaba un carrito de alambre sobre ruedas. Tenía una placa metálica con una marca impresa.

—Tesco— dijo el soldado—. ¿Qué es eso?

—No sé de dónde saca la mitad de esas cosas —murmuró el sargento.

El carrito parecía lleno de bolsas negras. Pero había más cosas, algunas brillaban a la luz de la luna.

—Yo sí sé de dónde ha sacado todo eso —masculló el soldado—. ¡Lo ha sacado de la fábrica de encurtidos!

—Ah, media ciudad estaba ahí esta mañana —dijo el sargento—. Unos cuantos tarros de pepinillos en vinagre no le hacen daño a nadie.

—Ya, pero eso no está permitido. ¡Eh, oiga! ¡Señora! Deje que le eche un vistazo a eso...

Alargó la mano hacia el carrito.

Una especie de demonio, de afilados colmillos y con los ojos inyectados en sangre, surgió del interior del carrito y le arañó el dorso de la mano.

—¡Mierda! Vamos, deje que me encargue yo de...

Pero el sargento se apartó corriendo.

—¡Es Guilty! —dijo—. Yo en su lugar me apartaría.

La señora Tachyon se rio.

—¡Guardianes del espacio! —dijo la anciana con una carcajada—. ¿Qué pasa? ¿Creéis que estoy chiflada? ¡Eso es lo que vosotros creéis, tontolabas!

Se dio la vuelta y se marchó trotando con el carrito.

—¡Eh! ¡No entre allí! —gritó el soldado.

La anciana lanzó el carrito contra un montón de ladrillos. Un trozo de pared cayó detrás de ella.

El último ladrillo golpeó algo en el sótano, a juzgar por el sonido metálico.

El soldado y el policía quedaron congelados a media carrera.

La luna volvió a esconderse tras una nube.

En la oscuridad pudo oírse un tictac. Sonó lejos y algo apagado, pero entre tanto silencio, los

dos tipos lo oyeron y notaron que un escalofrío les recorría la espalda.

El pie del sargento, que había quedado en el aire, descendió lentamente.

—¿Cuánto tiempo queda desde que empieza el tictac? —susurró.

Pero no quedaba nadie. El soldado se había alejado a toda prisa.

El policía corrió tras él y ya estaba a medio camino hacia las ruinas de Paradise Street cuando el mundo que había dejado atrás se animó de repente.

Eran las nueve de la noche en Blackbury High Street.

En el escaparate de la tienda de electrodomésticos, nueve televisores mostraban la misma imagen. Nueve televisores proyectaban sus pantallas parpadeantes hacia el vacío.

El viento arrastraba un periódico por el asfalto desierto y acabó envolviendo con él los tallos de un parterre decorativo. Luego arremetió con una lata de cerveza vacía, que también recorrió un trozo de asfalto hasta quedar atrapada en una alcantarilla.

High Street era lo que el ayuntamiento del distrito de Blackbury llamaba una *zona peatonal* y un *área de servicios públicos*, aunque nadie sabía realmente cuáles eran esos servicios públicos ni si había servicios públicos. Quizá se referían a los

bancos, astutamente diseñados para que nadie aguantara demasiado tiempo sentado en ellos y acabara por ensuciar la zona. O quizá se referían a los parterres, en los que brotaban invariablemente bolsas de patatas fritas terriblemente perennes. No podían ser los árboles ornamentales. Tenían un aspecto grande y lozano en el diseño original, unos años atrás, pero entre los recortes de presupuesto y una cosa y la otra, al final no habían plantado ninguno.

Las luces de sodio le daban a la noche un aspecto frío como el hielo.

El periódico volvió a dejarse llevar por el viento y quedó enredado, esta vez, en una papelera amarilla cuya forma recordaba a la de un perro gordo con la boca abierta.

Algo aterrizó con un gruñido en un callejón.

—¡Tictac, tictac! ¡Andando que es gerundio! Seguridad... social.

Lo más interesante de las preocupaciones—pensó Johnny Maxwell— era que siempre había algo nuevo sobre lo que preocuparse.

Su amiga Kirsty siempre le decía que se preocupaba por naturaleza, pero solo porque ella jamás se preocupaba por nada. Ella se enfadaba y hacía algo al respecto, fuera lo que fuera. Johnny envidiaba mucho la capacidad de Kirsty para detectar el problema y saber con exactitud qué hacer casi al instante. Últimamente, se dedicaba a sal-

var el planeta casi cada noche y a los zorros, los fines de semana.

Johnny se limitaba a preocuparse. Solían ser las preocupaciones de siempre: la escuela, el dinero, si el sida se contagiaba a través de la televisión y todas esas cosas. Pero, de vez en cuando, una de esas preocupaciones surgía de repente como un número uno de ventas por Navidad y hacía que el resto bajaran a segunda división.

En ese momento se trataba de su cabeza.

—No es exactamente una enfermedad —dijo el Serio, que había leído de arriba a abajo la enciclopedia médica de su madre.

—Es que no es una enfermedad. Si te han pasado un montón de cosas malas, lo saludable es estar deprimido —dijo Johnny—. Tiene sentido, ¿no? ¿Qué pasa con toda esa mierda: con mi padre, que se ha largado, y mi madre, que se pasa el día sentada fumando y todo eso? Lo que quiero decir es que si me pasara todo el día sonriendo y diciendo «¡no estamos tan mal!», eso sí que sería estar chiflado.

—Tienes razón —dijo el Serio, que también había leído algo de psicología.

—Mi abuela se volvió loca —dijo Bigmac—. Sí..., ¡ay!

—Lo siento —dijo el Serio—. No miraba dónde ponía los pies, pero bueno, tú tampoco, o sea que no todo es culpa mía.

—Solo son sueños —dijo Johnny—. No es nada grave.

No obstante, tenía que admitir que esos sueños le asaltaban también durante el día y eran tan reales que copaban sus ojos y sus oídos.

Los aviones...

Las bombas...

Y la mosca fosilizada. ¿Por qué soñaba todas esas cosas? Y entre todas esas pesadillas, aparecía la mosca. Era diminuta y estaba dentro de un pedazo de ámbar. Había tenido que ahorrar para comprársela y había hecho un proyecto de ciencias sobre ella. Pero no era de las que dan miedo, simplemente era una mosca que pertenecía a un tiempo lejano, millones de años atrás. ¿Por qué aparecía en sus pesadillas?

Y luego estaban los profesores... ¿Por qué no eran como tenían que ser? ¿Por qué no te lanzaban cosas si te pillaban distraído en clase? En lugar de eso, parecían preocuparse por él, le enviaban notas a casa y lo mandaban al especialista, aunque lo del especialista no estaba tan mal porque así, al menos, se libraba de la clase de mates.

Según una de las notas tenía algún tipo de trastorno. Bueno, vale, ¿y quién no? No se la dio a su madre; las cosas ya estaban bastante mal como estaban.

—¿Cómo te va en casa de tus abuelos? —le preguntó el Serio.

—No está mal. De todos modos, el abuelo está atareado casi todo el tiempo. Se le da bien hacer pan frito. Y... Sorpresa sorpresa...

—¿Qué?

—¿Sabes ese tenderete del mercado donde venden latas sin etiqueta?

—Sí.

—Pues mi abuelo compra un montón. Y hay que comérselas una vez abiertas.

—¡Puaj!

—Bueno, la piña y las albóndigas no están tan mal.

Paseaban de noche por la calle.

«Respecto a nosotros —pensaba Johnny—, lo más triste es que no somos muy buenos en nada. De hecho, eso no es lo peor. Lo peor es que ni siquiera se nos da especialmente bien no ser muy buenos en nada.

»El Serio, por ejemplo. Cuando mirabas al Serio, podías pensar que tenía alguna oportunidad. Era negro. Técnicamente, al menos. No gesticulaba como un rapero, ni llevaba ropa excesivamente holgada y no era capaz de llamarle *hermano* a alguien que no lo fuera realmente. Según el Serio, todo eso eran estereotipos raciales pero, lo miraras como lo miraras, era incapaz de no hacer honor a su apodo. Incluso los que se dedicaban a contar vagones de tren molaban más que él. Si le dabas una gorra de béisbol al Serio, se la ponía perfectamente recta. Así de..., bueno, así era el Serio. De hecho, a veces se ponía corbata y todo.

»Y luego Bigmac... Bigmac era bueno. Se le daban bien las mates. De algún modo, vaya. Volvía locos a los profes. Le enseñabas cualquier

ecuación horrible y decía: “ $x = 2,75$ ”, y era correcto. Pero lo que no sabía era por qué. “Simplemente es así”, te decía. Y eso no estaba bien. Las mates no consistían en saber las respuestas, sino en saber cómo se conseguían, incluso si después el resultado era incorrecto. Además, Bigmac era un cabeza rapada. Bigmac, Bazza y Skazz eran los tres últimos cabezas rapadas de Blackbury. O al menos los tres últimos que no eran los padres de nadie. Bigmac llevaba las palabras *ODIO* y *AMOR* en los nudillos, pero escritas en boli, porque se desmayó cuando iba a tatuárselas. Y criaba peces tropicales.

»Por lo que respecta al Cojo... El Cojo ni siquiera era un friki. Eso le habría gustado a él, ser un friki, pero no lo habrían admitido en un club de frikis. Tenía una insignia que rezaba “Orgullo friki” y se pasaba el día frente al ordenador. El Cojo quería ser un chico con gafas de culo de botella y anorak deformado, saber escribir programas extraordinarios y hacerse millonario a los veinte años; pero, probablemente, acabaría siendo solo alguien con un ordenador que no huele constantemente a plástico.

»Y, finalmente, Johnny...,

...si te vuelves loco, ¿sabes que te has vuelto loco? Y si no lo estás, ¿cómo sabes que no lo estás?».

—La peli no ha estado mal —decía el Cojo. Habían ido a ver *Dimensión W* en los multicines de Blackbury. Solían ir a ver cualquier peli que

prometiera la aparición de rayos láser en algún momento.

—Pero no se puede viajar en el tiempo sin fastidiar las cosas —dijo el Serio.

—De eso se trata —dijo Bigmac—. No me importaría ser policía si hubiera una *policía del tiempo*. Volvería atrás y diría: «Eh, ¿tú eres Adolf Hitler?» y cuando me respondiera «*Achtung*, sí, soy yo, *Jawohl...*», ¡bang! Una ración de plomo. Fin del problema.

—Sí, pero supongamos que sin querer matas a tu propio abuelo —dijo el Serio pacientemente.

—No me equivocaría. Mi abuelo no se parece en nada a Adolf Hitler.

—Da igual. Tampoco tienes tanta puntería —dijo el Cojo—. Te echaron del club de *paintball*, ¿no?

—Estaban celosos porque a ellos no se les había ocurrido hacer una granada de mano para *paintball*, hasta que yo hice una.

—Era un bote de pintura, Bigmac. Un bote de dos litros.

—Bueno, sí. Pero en ese contexto era una granada de mano.

—Dijeron que al menos podrías haber aflojado la tapa un poco. A Sean Stevens tuvieron que coserle la frente.

—No quería decir que le dispararas a propósito, precisamente a tu abuelo —dijo el Serio alzando la voz—, me refería a fastidiar las cosas hasta el punto de no llegar a nacer o de que la máquina del tiempo no llegara a inventarse. Como en esa

película en la que mandan a un robot al pasado para que mate a la madre del chico que vencerá a los robots cuando se haga mayor.

—Esa sí era buena —dijo Bigmac mientras destrozaba las tiendas desiertas con una ametralladora invisible.

—Pero si no hubiese llegado a nacer, ¿cómo podían saber que habría existido? —dijo el Serio—. Eso no me cuadraba.

—¿Desde cuándo eres un experto en eso? —dijo el Cojo.

—Bueno, tengo tres estantes llenos de vídeos de *Star Trek* —dijo el Serio.

—¡Alerta friki!

—¡Rata de biblioteca!

—¡Cuentavagones!

—En cualquier caso —dijo el Serio—, si cambiaras las cosas, quizá no se podría viajar al pasado, con lo que ahí estarías, en el pasado, pero sin haber llegado a nacer primero, por lo que no podrías volver, teniendo en cuenta que ni siquiera habrías ido. O bien, incluso en el caso de que pudieras volver, volverías a otro tiempo, a una especie de dimensión paralela, porque si lo que cambiaste no hubiera ocurrido, tú no habrías ido, por lo que solo podrías volver a un lugar al que jamás hubieras ido. Y te quedarías ahí atrapado.

Siguieron intentando resolver el entuerto.

—¡Jo! Hay que estar loco para entender los viajes en el tiempo —dijo el Cojo finalmente.

—Ahí tienes un gran futuro por delante, Johnny —dijo Bigmac.

—Bigmac... —dijo el Serio con un tono de voz que sonó a advertencia.

—Tranquilo —dijo Johnny—. El médico dijo que, simplemente, me preocupo demasiado por las cosas.

—¿Qué tipo de chifladuras te hicieron? —dijo Bigmac—. ¿Agujas enormes, *electroshocks* y todo eso?

—No, Bigmac —dijo Johnny con un suspiro—. No hacen ese tipo de cosas. Solo te hacen preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas? Del tipo de «¿estás chiflado?».

—Lo que tendría sentido sería ir muy atrás en el tiempo —dijo el Cojo—. Hasta el tiempo de los dinosaurios. Así no podrías matar a tu abuelo, a menos que fuera muy muy viejo. Lo de los dinosaurios estaría bien.

—¡Genial! —dijo Bigmac—. ¡Me los podría cargar con mi rifle de plasma! ¡Sí!

—Ya —dijo el Cojo poniendo los ojos en blanco—. Eso explicaría muchas cosas. ¿Por qué se extinguieron los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años? Porque Bigmac no pudo llegar antes.

—Pero no tienes ningún rifle de plasma —dijo Johnny.

—Si el Cojo puede tener una máquina del tiempo, yo puedo tener un rifle de plasma.

—Ah, vale.

—Y un lanzacohetes.

«Una máquina del tiempo —pensó Johnny—. Eso tendría su gracia. Podrías hacer que tu vida fuera exactamente lo que quisieras. Si sucediera algo malo, simplemente volverías atrás en el tiempo y te asegurarías de que no sucediera. Podrías ir adonde quisieras y no tendría por qué pasarte nada malo jamás».

Mientras tanto, la conversación de los chicos, como de costumbre, adoptaba un estilo propio y peculiar.

—En cualquier caso, nadie ha demostrado que los dinosaurios se extinguieran realmente.

—Ya, claro, claro que sí, aún están entre nosotros, ¿no?

—Quiero decir que puede que solo salgan de noche, o camuflados, o algo...

—¿Un estegosaurio con estampado de ladrillos? ¿Un brontosaurio con un gran número nueve de color rojo?

—Eh, buena idea. Igual van por ahí fingiendo que son autobuses, sí, y la gente monta en ellos pero jamás vuelve a bajarse. Oooooooooo...

—No. Se ponen narices postizas. Narices y barbas postizas. Y luego, cuando la gente menos lo espera..., ¡ñaca! Lo único que queda en la acera son los zapatos y un tipo muy grandote con gabardina que se aleja como si nada.

«Paradise Street —pensó Johnny. Pensaba mucho en Paradise Street, esos días. Especialmente de noche—. Apuesto a que si le pregun-

tabas a toda esa gente si creían que viajar en el tiempo era una buena idea, dirían que sí. O sea, nadie sabe lo que pasó con los dinosaurios, pero sabemos lo que pasó en Paradise Street.

»Ojalá pudiera volver a Paradise Street».

Se oyó un siseo.

Miraron a su alrededor. Había un callejón entre la tienda benéfica de ropa y la videoteca. El siseo procedía de allí, pero se había convertido ya en un gruñido.

No auguraba nada bueno. Le entró a Johnny por las orejas y atravesó su moderno cerebro para seguir hasta los recuerdos que se acumulaban en sus mismísimos huesos. Cuando muchos años atrás un simio bajó del árbol con cuidado y avanzó tambaleándose por el suelo, probando esa idea nueva de andar erguido sobre la que tanto hablaban sus congéneres más jóvenes, ese habría sido el tipo de gruñido que no le hubiera gustado oír.

Le mandaba el mismo mensaje a cada uno de los músculos de su cuerpo: sal corriendo y súbete a algún sitio. Y, si es posible, lánzale unos cuantos cocos, también.

—Hay algo en ese callejón —dijo el Cojo mientras miraba a su alrededor para ver si había algún árbol a mano.

—¿Un hombre lobo? —preguntó Bigmac.

El Cojo se detuvo.

—¿Por qué tendría que ser un hombre lobo? —dijo.

—Lo vi en una película *La maldición de la venganza del hombre lobo* —dijo Bigmac—. Alguien oía un rugido como ese, entraba en un callejón oscuro y luego se quedaba allí, tendido en el suelo vertiendo efectos especiales sobre la acera.

—¿Qué? —dijo el Cojo temblando—. Los hombres lobo no existen.

—Pues ve y cuéntaselo.

Johnny dio un paso adelante.

Había un carrito de la compra tumbado al principio del callejón, pero eso no era nada extraño. Había montones de carritos de la compra tirados por las calles de Blackbury. Pero no había visto ninguno que se moviera. A veces, sospechaba que se marchaban rodando tan pronto como se daba la vuelta.

Alrededor del carrito solo había bolsas de la compra llenas, bolsas de basura de plástico negro y unos cuantos tarros. Uno de ellos se había roto y olía a vinagre.

En el suelo había una especie de fardo con zapatillas.

Eso no se veía muy a menudo.

Un monstruo terrible saltó por encima del carrito y escupió a Johnny.

Era blanco, con unas cuantas manchas marrones y negras. Y esquelético. Tenía tres patas y media, pero una sola oreja. Su rostro era una máscara de maldad absoluta. Tenía los dientes desiguales y amarillentos y su aliento olía tan mal como el espray de pimienta.

Johnny conocía bien ese olor. Como, prácticamente, todos los habitantes de Blackbury.

—Hola Guilty —dijo mientras intentaba mantener las manos pegadas a los costados.

Si Guilty estaba allí y el carrito de la compra también...

Bajó la mirada hacia el fardo con zapatillas.

—Creo que le ha ocurrido algo a la señora Tachyon —dijo Johnny.

Los otros se le acercaron corriendo.

Si parecía un fardo era porque la señora Tachyon tendía a llevar siempre puesto todo cuanto poseía, a saber: un gorro de lana, unos doce jerséis y una falda que parecía de animadora, luego venían las piernas escuálidas, vestidas con varios pares de medias de fútbol y esas enormes zapatillas.

—¿Eso de ahí es sangre? —dijo el Cojo.

—¡Puaj! —dijo Bigmac.

—Creo que sigue viva —dijo Johnny—. Estoy seguro de que oigo un gemido.

—Esto..., yo sé algo de primeros auxilios —dijo el Serio, no muy seguro de sí mismo—. El boca a boca y todo eso.

—¿El boca a boca? ¿A la señora Tachyon? ¡Puaj! —dijo Bigmac.

El Serio estaba muy preocupado. Lo que parecía realmente fácil en una sala cálida y bajo la supervisión del instructor, pasaba a parecer mucho más complicado en un callejón, especialmente cuando también estaban implicados en ello todos

esos jerséis de lana. Quienquiera que hubiera inventado los primeros auxilios no lo hizo pensando en la señora Tachyon.

El Serio se arrodilló con cuidado. Palpó vagamente a la señora Tachyon y algo cayó de uno de sus numerosos bolsillos. Era una ración de pescado con patatas, envuelto en un trozo de papel de periódico.

—Siempre está comiendo patatas fritas —dijo Bigmac—. Mi hermano dice que va buscando en los papeles que la gente ha tirado a la basura para ver si aún quedan patatas dentro. ¡Puaj!

—Bueno... —dijo el Serio con desesperación mientras intentaba encontrar la manera de practicarle los primeros auxilios sin llegar a tocar nada. Finalmente, Johnny salió en su rescate y dijo:

—¿Por qué no llamamos al teléfono de emergencias?

El Serio respiró aliviado.

—Sí, sí, de acuerdo —dijo—. Estoy seguro de que no debe moverse a la víctima para no romperle ningún hueso.

—Ni la corteza de roña —dijo el Cojo.